

EL LOBO DE WHITECHAPEL

I. BIGGI

EL LOBO
DE
WHITECHAPEL



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: noviembre de 2022

© Iñaki Biggi, 2022
© de la presente edición: Edhasa, 2022
Diputació, 262, 2ª1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6398-2

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 16343-2022

Impreso en España

Para Rebeca, Luca, Blue y la añorada Sombra

Capítulo 1

«Asesinato en Whitechapel», *The Gloucester Citizen*

Martes, 28 de agosto de 1888. East End de Londres

John Slicke contenía la respiración, suspendido sobre las puntas de sus botas. Tenía el cuerpo arqueado hacia atrás y apoyaba las yemas de los dedos en una mesa de aquella mugrienta taberna en la que se había hecho el silencio.

En el East End londinense muchos lo respetaban y otros tantos le temían. Era un *cockney* rudo que protegía bien a sus mujeres, aunque a decir de éstas tenía la mano ligera, sobre todo cuando se enfadaba o cuando creía que alguna de ellas le ocultaba alguna moneda de las ganancias.

Sin embargo, el hombre que lo alzaba por el cuello y empuñaba la navaja que estaba pinchando el párpado de Slicke, del que asomaba una gota de sangre, era uno de los más temidos y odiados de los bajos fondos londinenses.

El tabernero, como el resto parroquianos que aún quedaba en el tugurio, también contenía la respiración. En medio de la tensión que se respiraba ya nadie recordaba cuál era el motivo de esa discusión, y la realidad era que daba igual. El enorme irlandés había entrado en la taberna con ganas de bronca y de eso hasta el más borracho de los presentes se había percatado. Aquel hijo de puta, ancho de espaldas como un toro, con unos brazos como troncos terminados en dos enormes manos, inspiraba terror con su sola presencia.

–¿Qué me dices ahora? –preguntó el matón con una siniestra sonrisa.

Su víctima, claro está, no tenía nada que decir. Tal y como sospechaban los presentes, el camorrista no había entrado en aquel antro con buenas intenciones. Fuera, en la calle, estaba lloviendo sin parar y no resultaba agradable deambular por los hediondos callejones en busca de algún miserable con el que descargar su humor de perros. De camino había pateado un par de bultos que dormían al raso, pero la nula resistencia ofrecida le había hecho desistir y había aumentado su irritación. Necesitaba golpear algo que intentara defenderse, quebrar ese intento y darle una paliza al temerario que osara hacerle frente.

Por eso había entrado en aquella tabernucha, un tugurio, como otros muchos de Whitechapel, un barrio olvidado de la mano de Dios, lleno de ratas, mugre y gentuza. El malsano hálito de mataderos, almacenes y talleres textiles se sumaba al del cercano puerto, donde se descargaban las mercancías necesarias para alimentar a una de las ciudades más grandes del mundo.

A su entrada se hizo el silencio, tal había sido el impacto de su presencia. El tabernero había mascullado una maldición para sus adentros al reconocer al recién llegado. El irlandés, sin un saludo, se había acercado a él para pedir una cerveza. Poco a poco se habían reanudado las conversaciones. Los parroquianos continuaron trasegando y contando sus historias sin perder de vista al hosco visitante, que había terminado su bebida de un solo trago y ya pedía otra, ante la exasperación disimulada del tabernero, que sabía que no iba a cobrar la cerveza.

De espaldas a la barra, el tipo echó un vistazo al establecimiento. Con su corpulencia, sus ojos verdes, el pelo y la barba enmarañados de un vivo color naranja que contrastaba con la palidez de su rostro lleno de pecas, era el arquetipo de inmigrante irlandés y su agresivo carácter no lo desmerecía.

En una de las mesas reconoció a John Slicke, un proxeneta que entablaba negociaciones con un posible cliente, un viudo que llevaba tiempo sin gozar de los placeres de la carne. Aquel infeliz había logrado reunir parte de los cinco peniques que le pedía Slicke para echar un polvo rápido en un callejón con la prostituta beoda que lo acompañaba. En los ojos del viejo se veía su urgencia, algo que Slicke trataba de explotar exigiéndole dos peniques más de la tarifa habitual.

–Deja a ese viejo –rugió el irlandés–. Tu fulana no vale cinco peniques. Yo no me la tiraría ni aunque me pagaras.

Slicke, conocedor de la fama de aquel individuo, trató de ignorarlo y de seguir con las negociaciones. El viudo se estaba mostrando duro y aseguraba que no tenía más dinero.

–Te he dicho que dejes a ese viejo –repitió el irlandés irguiéndose y acercándose a la mesa.

–Está bien –aceptó el proxeneta, sin que pareciera que se amedrentaba–. Tres peniques, pero tendrá que ser algo rápido. Si no se te levanta, es tu problema.

–Tampoco vale tres peniques –dijo el irlandés golpeando con el vaso encima de la mesa–. Que se lo haga gratis.

Slicke no podía permitir semejante insulto sin contestar. A cualquier otro ya le hubiera sacado su cuchillo por entrometerse en sus negocios. Había tenido demasiada paciencia con el irlandés, pero debía contestar a la provocación. De otro modo perdería el respeto de la gente, como podía adivinar por el silencio de los presentes, que, discretamente, no perdían detalle. Incluso la prostituta parecía encontrarse más despejada y atenta.

–Sería mejor que no te metieras en mis asuntos –dijo Slicke levantando la mirada.

–¿Y si no qué? –repuso el irlandés agachándose un poco y apuntando con su quijada al rufián, que aún se mantenía sentado. Con una torva sonrisa y suavizando el tono añadió–: Deja que el pobre viejo meta su pollita en esta zorra. ¿No ves que no le quedan ya muchos días?

En un movimiento mil veces ensayado, Slicke se irguió y sacó el cuchillo que llevaba sujeto en la cintura del pantalón, volcando la silla en la que estaba sentado.

Sin embargo, no fue lo bastante rápido. El irlandés estaba aguardando la reacción. Al fin y al cabo, buscar pelea había sido su intención desde que entrase por la puerta. Sin permitir que su adversario acabara de incorporarse, lanzó un puño como una bala de cañón y alcanzó a Slicke en la mandíbula. Éste trastabilló hasta dar contra la pared y derrumbarse. El agresor, con una rapidez que contrastaba con su tamaño, lo levantó del suelo con una sola mano, empuñando en la otra una afilada navaja de muelles que había colocado bajo el ojo de Slicke.

—Vaya, así que el hombrecito quería hacerme daño. ¿Qué te parece si juego un poco con mi cuchillo y te saco un ojo?

Slicke decidió que era mejor cerrar la boca y se limitó a guardar el equilibrio sin atreverse siquiera a respirar.

—¿No te parece divertido? A mí sí me lo parece. ¿Quieres que juguemos?

El proxeneta percibió que su agresor dudaba. Por alguna razón parecía buscar una provocación para acabar con él y su instinto callejero le decía que la táctica de mantener silencio y no moverse era la correcta.

No se equivocaba. El irlandés era consciente de que no podía matarlo. Llevaba un par de meses sin aparecer por el East End y había ido esa noche para descargar el mal humor reconcentrado durante todo aquel tiempo, pero sabía que no se podía permitir matar a nadie. Mucha gente lo había visto por las calles y en la taberna. Ninguno de ellos sería capaz de denunciarlo, aunque no podía arriesgarse.

Guardó la navaja y soltó a Slicke, que con una mano se frotaba el mentón sin levantar la mirada del suelo mientras se alejaba de espaldas.

—¡Bah, no vales nada! —dijo malhumorado el irlandés—. ¡Ninguno de vosotros valéis nada!, ¿me oís?

Los parroquianos guardaron silencio tratando de mimetizarse con las sucias paredes, confiando en que aquella bestia abandonara el local en busca de otras víctimas.

—¡Tabernero! ¿Qué se debe?

El pobre hombre se apresuró a afirmar que la cerveza corría por cuenta de la casa, manteniendo las distancias.

El irlandés se dirigió hacia la puerta y pateó por el camino una silla caída durante la pelea que fue a dar contra uno de los clientes, demasiado lento como para apartarse de su trayectoria.

Un suspiro de alivio salió de todas las gargantas cuando el bruto se adentró en la noche.

* * *

Florence se ajustó las enaguas y contó las escasas monedas que le había dado el marinero sumándolas a las que ya tenía. Le alcanzaba para poder dormir en un jergón compartido y aún le sobraba algo. Quizá podría convencer al señor Bells de que le permitiera una cama para ella sola. Por Dios que la necesitaba. Tiritaba, no sólo por el frío y la humedad de la noche, sino también por la fiebre.

Llevaba varios días encontrándose mal. Un desagradable silbido cada vez que respiraba y la calentura le hacían temer lo peor. Sabía que debía descansar, tomar algo caliente y no merodear por los muelles durante una temporada, pero las mujeres como ella no tenían esa alternativa.

Maldiciendo su suerte, Florence se alejó del barco amarrado donde había ofrecido sus servicios en dirección a los tétricos callejones del barrio fuera del puerto de Londres. Se acordó entonces de la señora Blantyre, la antigua ama para la que había trabajado. «Maldita vieja asquerosa», se dijo. La señora Blantyre era la esposa de un parlamentario que se jactaba de defender a las clases menos pudientes ante sus distinguidos colegas, mientras pagaba una miseria a sus sirvientes.

Florence, al igual que otras muchas criadas como ella, no tenía otra opción que ejercer como prostituta para redondear la miserable paga semanal, que apenas alcanzaba para vivir. Al principio le había dado reparo, no sólo por el hecho de tener que prostituirse, algo relativamente habitual entre las mujeres de su condición, sino por el riesgo de ser expulsada de aquella *respectable* casa, si la pillaban.

¡Oh, sí! Aquélla era una casa temerosa de Dios que no admitía *pecadoras* entre sus paredes. Sin embargo, al señor parlamentario no le importaba joder con sus criadas para apagar los fuegos que su piadosa esposa era incapaz de sofocar, por supuesto sin pagar la ridícula tarifa por la que aquellas desgraciadas debían vender sus cuerpos.

Durante un tiempo no había habido problemas. Florence se había acostumbrado a la rutina de tener que dedicar una parte de sus escasas horas libres a buscar clientes con los que acostarse. Durante más de un año había sido así y ya pensaba que iba a continuar siéndolo para siempre, hasta que un día se presentó el desastre: no manchaba los paños que, con la exactitud de un reloj, debía colocarse unos días al mes.

Cuando al siguiente mes sucedió lo mismo, se lo comentó a otra sirvienta, muy apurada, y ésta lo hizo con la cocinera, que de aquellos temas era entendida. El veredicto no dejaba lugar a la esperanza: estaba embarazada. Aquello la convertía en una paria. Sólo había una opción: reunir el dinero suficiente para ir donde una partera a que la vaciara..., pero ¿cómo conseguirlo? Ni ahorrando todo el sueldo de los próximos meses podría lograrlo, y pensar en que la partera aceptara cobrar más adelante resultaba inimaginable.

Así que no le quedó más remedio que continuar con el embarazo, a la espera de un milagro que no llegó. Un día la beata señora Blantyre se percató de que la barriga de su criada no era lo plana que debía y el caritativo parlamentario, temeroso de que el crío que crecía en aquel vientre fuera sangre de

su sangre, se había dado prisa en echarla de casa en medio de una desapacible noche, para que los vecinos no pudieran ser testigos de la ignominia que les había alcanzado.

De eso hacía cuatro años, en los que Florence había perdido el niño al poco de nacer, y desde entonces no había podido encontrar otro empleo decente, ya que la hipócrita sociedad londinense no perdonaba esos deslices. Las «hermanas del averno», como las llamaban las beatas de los barrios ricos, eran, al decir de estas damas, descarriadas que ejercían la prostitución por placer y por tanto no eran admitidas para el servicio doméstico. Cuando una mujer vendía su cuerpo quedaba estigmatizada para siempre.

Sin embargo, de nada servía lamentarse. Apartando a la maldita señora Blantyre de su mente, pensó qué hacer a continuación. Las dárseñas del puerto estaban extrañamente desiertas aquella noche, pero tal vez podría encontrar algún cliente de camino a las Blackwall, las viviendas pertenecientes a la Blackwall Railway, donde pernoctaban buena parte de las prostitutas cuando tenían con qué pagar la noche.

Confiando en encontrar a algún remolón que quisiera echar un polvo al abrigo de un portal y que tuviera los tres o cuatro peniques que le pediría, con los que se podría permitir el lujo de echar un trago de ginebra en alguna taberna al calor del fuego, Florence enfiló por el malecón.

* * *

En la calle, el corpulento irlandés se subió el cuello del remendado abrigo de paño, robado semanas atrás, y echó a caminar en dirección al Támesis, donde pasaría la noche cerca de las obras del nuevo puente que estaban construyendo.

Caminaba furioso. Dio una patada a una rata que comía algún resto de basura y que con un chillido fue a chocar contra la pared, antes de incorporarse y mirar con sus ojillos al salvaje

que la había golpeado. Vio en aquella mirada de odio el deseo de atacar y se preparó para patear de nuevo al roedor, pero éste prefirió alejarse y probar suerte en otro sitio.

El camorrista rio grotescamente. Ni las ratas presentaban batalla. Era temido por bestias y personas. En las peligrosas calles de Whitechapel, donde ni siquiera los policías patrullaban tranquilos, él era el único que no temía a nadie. ¡Él era quien daba miedo!

Siempre le había colmado de placer sentir el miedo ajeno, incluso de niño, en Irlanda, cuando no levantaba un palmo del suelo pero inspiraba temor por ser hijo de un campeón de boxeo, un luchador con una mortífera pegada y una capacidad inhumana para encajar los golpes. Aquel héroe local había sido uno de los muchos que habían abandonado los agotados campos irlandeses para buscar fortuna en la capital británica, arrasando con él a su familia.

Pero en Londres los sueños de prosperidad no habían tardado en esfumarse. Ciertamente era que se podía encontrar trabajo, si uno estaba dispuesto a deslomarse en jornadas inacabables de hasta dieciséis horas por una miseria de jornal, que no llegaba ni para mal alimentar a una familia. A menudo, tal y como le había pasado a la familia del irlandés, era necesario que la esposa del trabajador aportara dinero al hogar, y eso sólo podía conseguirlo vendiendo su cuerpo, algo que el joven hijo del héroe del boxeo no había podido digerir. De ahí su odio por las prostitutas, a las que consideraba unas fracasadas.

Él también había sido boxeador. Incluso aún de vez en cuando concertaba una pelea contra algún tipejo. Había heredado de su padre la demoledora pegada. De un zurdazo era capaz de dislocar la quijada del hombre más fuerte y dejarlo inconsciente. Pero su padre no le había transmitido la capacidad de encajar los golpes ni de sufrir, y eso le había impedido convertirse en un respetado luchador. Ahora sólo peleaba contra boxeadores viejos o borrachos, o contra jóvenes inexpertos

sedientos de gloria. Estudiaba a sus adversarios antes de aceptar pelear contra ellos, y si preveía un reñido combate, incluso una deshonrosa derrota, prefería evitarlo. Era más sencillo y provechoso dar palizas por dinero y maltratar a desgraciados a los que despojarlos de sus bienes.

Por Aldgate Street llegó hasta la iglesia de Aldgate de San Botolph, refugio de las numerosas prostitutas que aprovechaban este enclave, rodeado de callejones por los que era fácil escapar en caso de que apareciera la policía, para buscar clientes. Dejó atrás el templo con un gesto provocador hacia las fulanas y se dirigió hacia el sur por una de las callejas que desembocaban en el puerto. El callejón estaba desierto y oscuro, ya que había pocas farolas de gas y varias de ellas no funcionaban. El hedor de la basura arrojada desde las ventanas y los vapores de las curtidurías, cervecerías, fundiciones y mataderos que abundaban por los alrededores se mezclaban con el tufo que subía desde el río. Un lugar ideal para tender una emboscada y desplumar o degollar a un incauto. Pocos eran los audaces que se adentraban durante el día por allí y muchos menos los que osaban hacerlo tras ponerse el sol.

El irlandés lo hizo con paso firme. Sus pisadas resonaban, ampliado el sonido por la estrechez del callejón. En la mano empuñaba su navaja, preparado para repeler cualquier ataque. Ese gesto le había ayudado en más de una ocasión cuando algún despistado ladrón no había calibrado bien a su víctima.

Estaba frustrado. Desde que había encontrado a su nuevo patrón vivía mucho mejor, de eso no cabía duda. Incluso la policía lo dejaba tranquilo. Pero su jefe le prohibía meterse en líos y por ello esa noche no había terminado por cargarse al proxeneta en la taberna.

Se estaba volviendo loco. A pesar de las evidentes ventajas de trabajar para alguien tan poderoso, al irlandés siempre le había gustado volar por su cuenta. Tenía cuentas pendientes con mucha gente y Scotland Yard no lo perdía de vista, pero se

le estaba haciendo muy difícil controlar su genio. Necesitaba propinar una paliza a alguien. La última vez que había usado su navaja, preso de esa frustración, la había clavado casi medio centenar de veces en el cuerpo de una furcia a la que había cogido por sorpresa tras haberse ventilado ésta a un soldado de la guarnición de la Torre.

Poseído por la rabia, había masacrado a la puta y, aunque había conseguido aliviar su ira, la urgencia por descargarla le había impedido gozar de sus actos. Había abandonado el cuerpo en las escaleras del edificio donde la había abordado. En otras ocasiones arrojaba el cuerpo con piedras en los bolsillos o atado a una cuerda con una losa al río, pero en aquella ocasión el Támesis se encontraba demasiado lejos como para acarrearlo.

El inmundo callejón tocaba a su fin y la oportunidad de dar una tunda a alguien también. En el puerto siempre había algún marinero, un estibador, algún rufián de medio pelo o un carretero, pero también estaba la Policía del Puerto y no podía arriesgarse. La última vez que su patrón lo había sacado de comisaría ya le había advertido que no habría una siguiente.

* * *

Florence caminaba por la dársena. Sintió un doloroso retortijón en el estómago. Apretó los dientes hasta que se le pasó y continuó caminando. Aquella noche estaba resultando muy solitaria. Ni siquiera había tenido que esconderse de la Policía del Puerto. El silencio que la envolvía sólo se había roto por la sirena de un barco que dejaba el puerto y se dirigía hacia el este.

Según se acercaba a los primeros edificios del barrio, su necesidad de ese trago se acentuaba. Las monedas le quemaban en la mano. Necesitaba algo que le calentara el cuerpo. Tal vez media ginebra. Eso le dejaría un par de peniques para dar

a cuenta al señor Bells, suficiente tal vez para que le fiara hasta el día siguiente, permitiéndole dormir a cubierto.

¡No, no, no! Necesitaba descansar. Nada de ginebra a menos que consiguiera más dinero. El señor Bells tenía malas experiencias con las fianzas y era implacable: si no cobraba por adelantado no se dormía en su establecimiento. Sin excepciones.

Florence metió las monedas en la faltriquera para evitar tentaciones. Definitivamente debía apartar el dinero suficiente para pagarse una cama. Aún le quedaba un buen trecho hasta llegar a las Blackwall. Todavía podía encontrar algún marinero de camino a un barco o un trasnochador con ganas de follar.

Un escalofrío le recorrió la espalda y no sólo por la fiebre. A su alrededor nada se movía y la niebla formaba extrañas siluetas. A pesar de estar acostumbrada a recorrer aquellos peligrosos parajes sin más defensa que un cuchillito, ridículo para enfrentarse a un agresor decidido pero suficiente como para amedrentar a un cliente poco respetuoso o mal pagador, a Florence la acompañaba el temor en los últimos meses.

En aquellas semanas un par de compañeras habían sido asesinadas brutalmente. No es que eso fuera algo extraño. En el East End la vida no valía más que unas monedas, sobre todo la de una puta, pero el salvajismo empleado las tenía atemorizadas a todas.

Florence conocía a la primera de las desgraciadas, Emma Smith, una viuda alcohólica a la que habían asaltado y herido salvajemente. Según la policía, la mujer había tropezado fatalmente con una de las numerosas bandas de extorsionadores que sableaban a las prostitutas y a cuantos cayeran en sus manos. Pero Florence sabía que la viuda les había mentado. Emma conocía a su agresor y temía por su vida si se atrevía a denunciarlo.

Sin embargo, su silencio no la había salvado. Había fallecido al día siguiente en el Hospital de Londres, donde fue llevada por su casera, a causa de las profundas y horripilantes

heridas sufridas. El hijo de puta se había ensañado con ella. Le había clavado una botella rota en sus partes, además de darle una paliza que le había dejado una oreja colgando.

A la Tabram, la segunda víctima, no la conocía. Era una «puta de soldados», una de esas mujeres que preferían buscar su clientela entre la soldadesca. A ésta la habían cosido a puñaladas y la habían dejado tirada en unas escaleras. La policía había cubierto el expediente de la investigación con una rutinaria búsqueda entre las guarniciones cercanas, principalmente la de la Torre de Londres.

La noche de su muerte, la Tabram estaba acompañada por Pearly Poll, otra fulana. Habían conocido a un par de soldados y cada una se había ido con uno de ellos. Nadie había vuelto a ver a la Tabram con vida. Pearly Poll, asustada, se había escondido durante varios días hasta que la policía dio con ella y se la llevó para hacer una rueda de reconocimiento con las guarniciones.

Ella sabía algo, algo que la aterrorizaba. Quiriendo terminar con todo aquello acusó a dos soldados cualesquiera, pero éstos tenían sólidas coartadas. Pearly Poll fue llamada por el juez en el juicio, pero no lograron sonsacarle nada y al final cerraron el caso, como tantos otros, con la conclusión de que «el asesinato había sido llevado a cabo por persona o personas desconocidas». Así era la justicia. Nadie se molestaba por lo que les pudiera ocurrir a los desechos humanos.

La policía se había apresurado a aclarar que los dos asesinatos no tenían nada que ver, pero las mujeres de la calle sabían que algo las acechaba. Este miedo, sin embargo, ni las alimentaba ni les encontraba cobijo en las desapacibles noches londinenses, así que no les quedaba más remedio que seguir buscando clientes, rezando por no toparse con aquella bestia.

* * *

El irlandés caminaba cerca de los almacenes que rodeaban la dársena. Sumido en sus negros pensamientos, no se había dado cuenta de lo extrañamente desierto que se encontraba el puerto. Apenas había barcos atracados y en la cubierta de los pocos que lo estaban no lucía ninguna luz ni había movimiento. Con la confianza de quien no tiene nada que temer, caminaba pesadamente sin molestarse en no hacer ruido. Tenía previsto pasar la noche en el cuartucho de uno de los trabajadores de las obras que estaban realizando en el Támesis con vistas a unir ambas orillas con un nuevo puente, que a decir de la gente sería una proeza arquitectónica.

Al irlandés le preocupaban muy poco los puentes, pero le venía bien su situación, pues quedaba suficientemente cerca de Whitechapel, donde aún tenía algunas gestiones que hacer para su patrón. Sin duda, el trabajador que ocupaba junto a otros muchos el cuartucho no se alegraría de verlo, pues eso significaba que tendría que dormir en el duro suelo para que el irlandés ocupara el camastro.

Riéndose para sus adentros, vio una sombra que le venía de frente. Aguzó la mirada. ¿Un marinero? ¿Algún imprudente con intenciones de meter la mano en su bolsa? ¡Si era así se iba a llevar un buen disgusto! Continuó la marcha recordándose que no debía meterse en líos. ¡Maldito jefe que le jodía la diversión!

Desilusionado, comprobó que la figura era menuda. Un viejo marinero o un crío de los que trabajaban en los almacenes, imaginó. Nada estimulante.

Pero, para su sorpresa, la figura se dirigía hacia él.

—Hola, guapo, ¿quieres pasar un buen rato?

¡Una furcia! Debía de ser nueva por allí o tener mala vista si no lo había reconocido. A punto de contestar, vio como la figura se detenía de golpe y se llevaba las manos a la boca, ahogando un grito. Lo había reconocido. De inmediato, la mujer le apuntó con un brazo haciendo el gesto del mal de ojo y re-

trocedió trastabillando. Luego corrió en dirección contraria a la que llevaba el irlandés, que le dedicó unos insultos mientras se reía de buena gana.

¡Asquerosa fulana! Suerte había tenido. De habérsela encontrado en otras circunstancias ni toda la brujería le hubiera evitado lo que tenía pensado para ella. Apretaba la navaja con lujuria recordando la sensación de penetrar con ella la carne. Podía sentir cómo se rasgaba la ropa y después la punta del arma abriendo y desgarrando hasta la empuñadura. Una y otra vez.

El recuerdo lo estaba excitando. Ahora veía a la zorra con el rostro de su madre. Un rostro muy amado, hasta el día en que supo qué hacía con otros hombres por un miserable trozo de pan.

¿Qué le había dicho la muy asquerosa? ¿Si quería pasar un buen rato con ella? Oh, sí. Sin duda podían pasar un buen rato juntos, pero no como ella esperaba. Seguro que eso era lo que aquella ramera deseaba en el fondo. Que alguien la abriera en canal y le sacara los intestinos como había hecho con otras fulanas. ¿A eso se refería la puta?

«Déjala», le decía la razón con una voz cada vez más débil que contrastaba con la de su instinto, mucho más poderosa, que le ordenaba castigar a la mujer. Sin darse cuenta, redujo la velocidad y miró hacia atrás. Ya no había ni rastro de la furcia, perdida entre la niebla. Por primera vez fue consciente de la quietud y el silencio que reinaban en el puerto. Quizá fuera una señal.

Se detuvo y, tras una breve vacilación, comenzó a desandar su camino. La puta no podía haberse alejado demasiado. Podía hacer un trabajo rápido. Se la tiraría y después la pincharía con su navaja. Nadie podría verlo. Cuando acabara con ella, arrojaría el cadáver al agua, donde, gracias a unas piedras bien sujetas, se hundiría y tardaría meses en ser encontrado.

Excitado ante la perspectiva, el bruto se apremió. Debía encontrar a la zorra antes de que ésta encontrara un refugio o

se metiera entre las casas. Notaba la dureza de su pene y la humedad en las manos. Había comenzado la cacería. La muy puta iba a lamentar haberse cruzado con él.

Pegado a la fachada de los almacenes, comenzó a correr al amparo de las sombras. Aquella desgraciada no podía andar muy lejos. Una enorme rata negra salió de debajo de la grúa y se cruzó en su camino, pero no perdió ni un instante con ella. En mente tenía una pieza mucho más sabrosa... ¡Allí estaba!

Confiado que el irlandés no la perseguiría, la mujer había reducido el paso. Otro error del que no tardaría en arrepentirse. Empuñando con fuerza la navaja, el gigante dejó de correr para hacer menos ruido y avanzó a grandes zancadas.

Y entonces un brillo metálico lo sorprendió. ¿Qué era aquello? Confundido, notó que las piernas se le aflojaban. Otra vez aquel brillo y después una mano agarró su pelambarrera rojiza y la levantó en el aire. Con pavor e incredulidad, vio su cuerpo tendido en el suelo y se hizo de noche definitivamente para él.

* * *

El hombre que había decapitado al irlandés miró a ambos lados. Todo estaba tranquilo. La puta que había pasado instantes antes se había alejado y el sonido de la persistente lluvia habría tapado el poco ruido que pudiera haber hecho. Todo había salido a pedir de boca. Llevaba buena parte de la noche siguiendo al matón, a la espera del momento ideal.

Con cuidado de no delatarse, había seguido los pasos del irlandés, que caminaba como si la ciudad fuera suya. Su suficiencia era ideal para su perseguidor, a pesar de lo cual éste extremaba las precauciones. Sabía qué debía hacer. El irlandés debía morir y su cuerpo no tenía que volver a aparecer nunca más.

Al amparo de la oscuridad lo había seguido hasta las dár-senas. A punto de ser descubierto, soltó un brutal y mortal

revés con el hacha de carnicero que empuñaba. La cabeza del irlandés quedó colgando a su espalda, unida aún por algunos filamentos de músculo y piel. Un segundo hachazo completó la decapitación. Agarró la cabeza por la áspera pelambreira y la metió en el saco.

Sin perder un instante y utilizando con maestría su hacha, desmembró el cuerpo y arrojó los restos al interior del saco. El torso era demasiado grande y tuvo que cortarlo por el esternón en dos partes. Una vez metidas todas las piezas dentro del saco, lo arrastró por el mojado suelo hasta el borde de la dársena. Diez pasos a su derecha había un montón de piedras, de las que usaban los barcos como lastre cuando tenían que navegar con los depósitos vacíos. Se apresuró a coger varias, las introdujo en el saco junto al cadáver troceado y lo cerró con un bramante. Con una fuerte patada, el saco cayó a las negras y pestilentes aguas. Miró a un lado y a otro, pero no parecía haber nadie que hubiera podido oír el chapuzón. Del saco ya no se veía nada. Donde había caído sólo se adivinaba la silueta de unos troncos podridos y el cadáver hinchado de una rata.

En el suelo de la dársena, donde había llevado a cabo la carnicería, quedaba un reguero de sangre que no tardaría en ser borrado por la lluvia, enlodada por el hollín que todo lo cubría. Guardando el hacha en la cintura del pantalón, el asesino se alejó rápidamente, adentrándose en las estrechas callejas de Whitechapel.

Capítulo 2

«Tercer crimen de un hombre que debe de ser un maníaco»,
The Star

Jueves, 30 de agosto de 1888. East End de Londres

–¡Polly! ¡Polly Nichols!

La interpelada trató de escurrirse entre la gente que tra-
jinaba en ese momento por Commercial Street, intentando sin
éxito escapar de la mujer que gritaba su nombre.

–Hola, Margot –dijo fingiendo sorpresa cuando la que
vociferaba se abrió paso entre el gentío y la agarró del brazo–.
¿Cómo estás? Hacía tiempo que no nos veíamos...

–Déjate de monsergas –contestó de malas maneras la mu-
jer echándole su apestoso aliento–. Quiero que me devuelvas
mi dinero.

Polly dio un paso atrás. Margot «la viuda» la amedrenta-
ba, como sin duda lo había hecho con sus tres maridos anterio-
res, a los que había dado tan mala vida que habían preferido
morirse a continuar aguantando a aquella deslenguada.

–Yo... ahora no lo tengo –contestó Polly tratando de en-
contrar una excusa que le permitiera escapar de la ira de la
mujer, en busca de alguien que pudiera auxiliarla.

Sin embargo, el resto de viandantes pasaba a su lado evi-
tándolas, como se evita cualquier obstáculo inanimado, ya sea
un árbol o una farola. En esa zona todos estaban acostumbra-
dos a aquellas escenas, incluso cuando terminaban con los con-

trincantes por el suelo, con un ojo amoratado, el labio partido o algún diente entre los adoquines. Sólo había que tratar de no ser absorbido en la trifulca.

–Me debes un chelín y quiero que me lo des ahora.

La mujer, mucho más robusta que Polly, la cogió de la solapa del abrigo marrón que llevaba y la zarandeó un par de veces.

–Espera, Margot –suplicó Polly protegiéndose la cara con las manos–. Te juro que ahora no lo tengo, pero mañana empiezo a trabajar otra vez en Gray’s Inn. La semana que viene te daré el dinero, ¡te lo juro!

La viuda se quedó un instante parada. Sabía que aquella desgraciada no llevaría ni un penique encima y darle dos bofetones no haría que el dinero apareciera por arte de birlibirloque. Además, Polly había trabajado de veras en el Gray’s Inn, una muy respetable residencia de abogados donde el servicio no estaba mal pagado. Quizá pudiera sacar alguna ventaja de la situación.

–Está bien, Polly. Te dejo una semana para que consigas dos chelines. Pero, como no me pagues, te juro por mi vida que te parto las piernas.

–No te preocupes, Margot –respiró la otra aliviada–. La próxima semana tendrás tu dinero.

–Espero que así sea, por tu bien –repuso la viuda soltando el abrigo de Polly–. No te olvides. La próxima semana.

Polly vio a la viuda alejarse hacia la calle Whitechapel y ella tomó el camino contrario. Necesitaba una copa para tranquilizarse y el Ten Bells estaba sólo a dos manzanas de allí.

Mientras caminaba en busca de su dosis de alcohol, pensó por un momento qué haría la siguiente semana cuando no consiguiera el dinero. Para empezar, no debía un chelín a la viuda. Sólo era medio chelín lo que Margot le había prestado el día que la expulsaron, precisamente del Gray’s Inn, por presentarse borracha como una cuba a trabajar. Las puertas de la elitista residencia de abogados se habían cerrado definitivamente.

te para Polly, pero por fortuna la viuda lo ignoraba. En cualquier caso, aún de haber sido cierto que comenzara a trabajar nuevamente como planchadora en la residencia, en ningún caso la paga le hubiera permitido reunir semejante cantidad en tan poco tiempo.

No había sido éste su único empleo decente en los últimos tiempos. Durante dos meses había tenido un buen trabajo en una casa como empleada doméstica. Además, los señores Cowdry tenían fama de portarse bien con el servicio. Aquellas semanas habían supuesto un gran cambio en la vida de Polly, hasta el punto de hacerle reunir el valor suficiente para escribir una carta a su padre contándole que había comenzado una nueva vida, y de paso preguntar por sus pequeños. Pero su padre nunca había dado respuesta.

Su viejo debía tener razón cuando afirmaba que no tenía remedio. El diablo del alcohol había regresado y, sin voluntad para ignorarlo, había robado ropa de cama para venderla en la calle y tener con qué pagar la ginebra. Sara Cowdry no había tardado en percatarse del hueco en el armario de la ropa blanca. El señor Cowdry había hecho averiguaciones y había descubierto quién había sido la autora del robo. Poco después de confesar, Polly abandonaba la mansión, consciente de que con malos informes nadie querría volverla a contratar.

Intentando olvidar el nuevo problema que se había buscado, Polly continuó sorteando a la gente que caminaba por la calle. La boca se le hacía agua pensando en la ginebra que se iba a tomar en cuanto entrara en el pub, prometiéndose a sí misma ingerir algo sólido junto al alcohol. Hacía casi un día entero que no había usado los pocos dientes que aún le quedaban para masticar algo.

Polly, nacida Mary Ann Walker, había cambiado su apellido por el de Nichols al casarse con William Nichols, un sirviente con un buen puesto en una respetada casa, cuya única aspiración consistía en convertirse en mayordomo. Con él había teni-

do cinco hijos y varias separaciones y, desde la última de ellas, tres años atrás, no lo había vuelto a ver. Ni a sus hijos tampoco.

Polly era una perdedora, una mujer apocada que nunca había podido con la vida. De estatura baja y ancha constitución, jamás había sido guapa, ni cuando aún no había caído en las garras del alcohol. Ahora, con un rostro insípido de ojos marrones, el cabello virando de castaño a gris, sin las paletas superiores de la dentadura y una cicatriz en la frente recuerdo de su niñez, no se podía decir que llamara la atención.

Sin embargo, algo debía de haber visto en ella William Nichols, pues la había desposado cuando Polly tenía veintidós años. William era un hombre autoritario aunque respetuoso y juntos habían comenzado una vida en pareja. Ella se ocupaba de la casa y con el sueldo de su marido les alcanzaba para vivir sin demasiadas apreturas. Empezaron a llegar los niños y ahí comenzó la debacle. Como otras muchas mujeres, empezó a beber para escapar de la realidad y pronto descubrió que tenía un demonio interior que asomaba cuando estaba ebria. Enseguida se hizo evidente que sólo cuando se encontraba borracha encontraba algo de paz. La ginebra se convirtió en su mejor aliada para olvidar los problemas y para hacerla sentirse más segura. Cuando bebía casi podría decirse que era feliz.

Naturalmente William no lo comprendió. Su cada vez más evidente dejadez, con la casa sucia y los niños medio abandonados, prendió el fuego de las peleas conyugales y, como consecuencia inmediata, trajo una mayor dependencia del alcohol por parte de Polly. Y así ocurrió que William la puso en la calle por primera vez.

Los diecisiete años que duró el matrimonio Nichols fueron un carrusel de separaciones y reconciliaciones, hasta que, finalmente, al cumplir los treinta y nueve, y con el menor de sus hijos con apenas dos años, Polly los abandonó por última vez.

Ahora llevaba casi cuatro años entrando y saliendo de los albergues para pobres. Eran casas de trabajo donde las

condiciones para poder instalarse eran tan pésimas que muchos preferían no visitarlos. El de Lambeth, al sur del Támesis, había sido el que Polly frecuentaba más a menudo. Se había cobijado en varias ocasiones allí, siempre con la idea de comenzar una nueva vida, pero no había tardado demasiado en volver a las andadas, asfixiada por aquel lugar de dolor e infortunio.

La prostitución, que había comenzado como algo puntual para poder sufragarse comida, alojamiento y, claro está, ginebra, se había convertido enseguida en la única fuente de ingresos. Poco agraciada y ya marcada por la huella del alcohol, Polly se había convertido en otra más de aquellas desgraciadas que alquilaban su cuerpo en la esquina de cualquier callejón por tres o cuatro peniques.

—Buenas tardes, Polly —la saludó el camarero del pub sirviéndole un vaso lleno de ginebra, sin que ella se lo pidiera.

A Polly se le hizo la boca agua. Calculó que le quedaba suficiente dinero como para tomar dos copas, antes de tener que ir a alguna maloliente calleja a que algún despojo quisiera metérsela por unos peniques. Pero enseguida se riñó a sí misma. Debía comer algo. Desde la tarde del día anterior sólo había ingerido ginebra, nada más.

No era de extrañar que, al igual que otras muchas prostitutas del East End londinense, fuera regordeta. La mala alimentación y la calidad de la comida a la que aquellas mujeres podían acceder las hacía engordar, aunque en realidad estaban desnutridas. A Polly el estómago le crujía y, mientras echaba un vistazo a la pizarra detrás de la barra luchando con las letras para componer la palabra que anunciaba el plato del día, el camarero, apoyando un codo en la barra, se le adelantó.

—Plato de anguila y una rebanada de pan. Tres peniques.

Polly metió la mano en su faltriquera y contó las monedas que llevaba. No le llegaba. Sólo tenía tres peniques. La ginebra y el plato de anguila eran cuatro. Le faltaba un penique.

–Trae –dijo el camarero, al que Polly le daba pena. Aquella mujer parecía un perro apaleado, pero nunca daba ningún problema. Era limpia, amable, no montaba follones, pagaba sus consumiciones y cuando estaba demasiado borracha y se la requería, se largaba del pub.

El camarero cogió los tres peniques que Polly llevaba en la mano y volvió con un plato. La ración de pastel era más pequeña de lo que servían al resto de parroquianos y sólo había media rebanada de pan, pero ella no se quejó. Se sentó en una mesa libre y dio un breve trago a la ginebra. Luego tomó un trozo de pan con anguila y lo mojó en el escabeche. Le costó masticar. Echaba de menos los cinco dientes que le faltaban.

–Hola, Polly.

Polly siguió la dirección de la voz y sonrió.

–Hola, Ellen.

Ellen Holland era una amiga, si se podía llamar amiga a alguien que compartía tu suerte en el mundo y no trataba de joderte. La recién llegada también ejercía la prostitución, aunque en su caso de manera más esporádica, ya que tenía quien le pasara una pensión. Se conocían de hacía tiempo y habían compartido habitación en el dormitorio común de Wilmott's. Polly sopesó la posibilidad de pedirle a Ellen que la invitara a un trago, pero decidió que sería mejor guardar esa posibilidad para otro momento en el que estuviera más necesitada.

–¿No quieres sentarte? –preguntó echando un ojo ávido al vaso lleno de Ellen.

–Claro, ¿por qué no? –contestó la mujer tomando una silla y poniéndola delante de la mesa–. ¿Cómo estás, cariño? ¿Dónde has estado durmiendo estas noches? Hace días que no te veo.

–He estado yendo a White House –respondió Polly encogiéndose de hombros y tomando un sorbo muy pequeño de su ginebra–. Ya sabes, allí se puede compartir cama con un hombre y me he podido ahorrar unos peniques.